



FLANNERY  
O'CONNOR

UN ENCUENTRO  
TARDÍO CON  
EL ENEMIGO

*y otros relatos*



LIT3  
RARIA





Flannery O'Connor

Un encuentro tardío  
con el enemigo  
y otros relatos

Epílogo de José Jiménez Lozano  
con Guadalupe Arbona

Traducción y notas de Gretchen Dobrott



Título en idioma original: *A good man is hard to find*  
y *Everything that rises must converge*

© The Mary Flannery O'Connor Charitable Trust

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2006, 2025

© Traducción y notas de Gretchen Dobrott

© José Jiménez Lozano, Guadalupe Arbona y Ediciones Encuentro por el epílogo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-225-7

Depósito Legal: M-5347-2025

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com) - [info@edicionesencuentro.com](mailto:info@edicionesencuentro.com)





## LA BUENA GENTE DEL CAMPO<sup>1</sup>

Aparte de la expresión de punto muerto que tenía cuando estaba sola, la señora Freeman usaba otras dos en su trato con la gente: una de marcha hacia delante, y otra de marcha atrás. La primera era firme y fuerte como el movimiento de un camión pesado. Sus ojos jamás se desviaban hacia la derecha o la izquierda, siguiendo cada asunto sin rodeos y sin apartarse de la raya amarilla discontinua. Era poco frecuente que usara la marcha atrás y que se retractara de algo que había dicho. Cuando lo hacía, su rostro se frenaba en seco, había un movimiento casi imperceptible en sus ojos negros que parecían estar retrocediendo. En esos momentos, un observador atento podía comprobar que el espíritu de la señora Freeman se ausentaba, aun estando allí, tan real como una pila de sacos de grano. La señora Hopewell había perdido toda esperanza de hacerle comprender lo que le decía cuando le pasaba esto. Ya podía hablar y hablar; daba igual. No había forma de hacerle reconocer a la señora Freeman que se había equivocado. Se quedaba inmóvil, y si llegaba a hablar, decía algo como:

---

<sup>1</sup> Publicado por primera vez en *Harper's Bazaar*, vol. 89, junio de 1955. Después aparece en la recopilación *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, 1955. Los críticos literarios coinciden casi unánimemente en que este es el relato más autobiográfico de O'Connor. Sherry Lynn Lebeck sugiere que tardaría tan poco en escribirlo, según la propia autora, unos cuatro días, por la afinidad que sentía con su protagonista (*Paradox Lost and Paradox Regained: An Object Relations Analysis of Two Flannery O'Connor Mother-Child Dyads*, The San Francisco School of Psychology. San Francisco: Dissertation.com, 2000, p. 171) (ndt).

—Pues no diría ni que sí ni que no.

O posaba su mirada sobre el último estante del mueble de la cocina donde había un montón de botes polvorientos y decía:

—Veo que casi no ha tocado los higos que envasó el verano pasado.

Los asuntos de mayor importancia se trataban en la cocina durante el desayuno. La señora Hopewell se levantaba todas las mañanas a las siete, encendía su calentador de gas y el de Joy. Joy era su hija, una rubia grande que tenía una pierna ortopédica. La señora Hopewell la consideraba una niña, a pesar de tener treinta y dos años y ser muy instruida. Joy se levantaba cuando su madre desayunaba, caminaba a paso lento hasta el cuarto de baño y cerraba la puerta de un portazo, y al poco tiempo llegaba la señora Freeman por la puerta trasera. Joy oía a su madre que decía:

—Pase —y luego hablaban un rato en voz baja.

Desde el baño era imposible entender lo que decían. Para cuando Joy se acercaba, por lo general ya habían acabado con la previsión del tiempo y empezaban con una de las hijas de la señora Freeman, o Glynese o Carramae. Joy las llamaba Glycerin y Caramel. Glynese era pelirroja, tenía dieciocho años y muchos admiradores; Carramae era rubia y tenía tan solo quince, pero estaba casada y embarazada. Todo le sentaba mal. Cada mañana la señora Freeman le contaba detenidamente a la señora Hopewell las veces que su hija Carramae había vomitado desde el último parte.

A la señora Hopewell le gustaba decirle a la gente que Glynese y Carramae eran de las chicas más majas que conocía, y que la señora Freeman era una *dama* y que nunca le avergonzaba llevarla a ningún lado o presentarla a cualquiera que se encontrara con ellas. Luego, contaba cómo había llegado a contratar a los Freeman y cómo eran un regalo de Dios y que llevaban ya cuatro años con ella. El motivo por el que llevaban tanto tiempo con ella era porque no los consideraba basura. Eran buena gente del campo. Había llamado al hombre que habían dado como referencia, quien le había dicho que el señor Freeman era un



buen granjero pero que su mujer era la persona más cotilla de la tierra.

—Tiene que meter las narices en todo —dijo el hombre—. Si no es la primera en enterarse de las cosas es porque se ha muerto. Querrá meterse en todos sus asuntos. De él tengo buen concepto, pero ni yo ni mi mujer podríamos haber aguantado a esa mujer ni un solo minuto más en nuestra casa.

La señora Hopewell estuvo indecisa durante unos días.

Al final los había contratado porque no había otros candidatos, pero había resuelto de antemano la manera de tratar a esa mujer. Ya que era de esas que tenían que estar en todo, la señora Hopewell había decidido que no solamente le dejaría meterse en todo sino que se *ocuparía* de que se metiera en todo. Le daría la responsabilidad de todo; sería la encargada. La señora Hopewell no tenía cualidades negativas por sí sola, pero era capaz de usar las de los demás de una manera tan constructiva que nunca las echó en falta. Contrató a los Freeman y llevaban cuatro años con ella.

«Nadie es perfecto». Esta era una de las expresiones preferidas de la señora Hopewell. Otra era: «¡Así es la vida!». Y otra, la más importante, era: «Cada uno es libre de opinar». Soltaba estas frases, normalmente mientras comían, con un tono de suave insistencia, como si ella fuera la única que las decía. La enorme Joy, cuyo estado permanente de indignación le había borrado cualquier insinuación de expresión facial, apartaba la vista, los ojos de un gélido azul, y la mirada de alguien que por acto de voluntad ha conseguido ser ciego y que tiene toda la intención de quedarse así.

Cuando la señora Hopewell le decía a la señora Freeman que la vida era así, la señora Freeman decía:

—Eso es lo que siempre me digo.

Nadie llegaba a una conclusión sin que ella ya lo hubiera hecho. Era más lista que el señor Freeman. Cuando llevaban una temporada en la granja, la señora Hopewell le dijo:

—Es usted la rueda que pone en marcha la máquina —y le había guiñado un ojo. La señora Freeman había contestado:

- Ya lo sé. Siempre he sido lista. Hay gente más lista que otra.
- Todo el mundo es diferente — dijo la señora Hopewell.
- Sí, la mayoría — dijo la señora Freeman.
- Hace falta de todo en este mundo.
- Eso es lo que siempre me digo.

La chica estaba acostumbrada a este tipo de diálogo durante el desayuno, más de lo mismo durante la comida; y a veces también mientras cenaban. Cuando no tenían invitados comían en la cocina porque era más fácil. La señora Freeman siempre se las arreglaba para llegar en medio de la comida y observarlas hasta que terminaban. Se quedaba de pie, apoyada en la puerta si era verano, pero en invierno ponía un codo encima del frigorífico y las miraba desde lo alto o se ponía al lado del calentador de gas, levantando apenas la parte de atrás de su falda. De vez en cuando se recostaba contra la pared y movía la cabeza de un lado a otro. Todo esto irritaba a la señora Hopewell, pero era una mujer con una gran paciencia. Pensó que nada era perfecto y que los Freeman eran buena gente del campo, y que si con los tiempos que corrían podía contar con buena gente del campo lo mejor era no soltarlos.

Ella sabía por experiencia lo que era la «basura». Antes de los Freeman, hubo una media de una familia por año. Las mujeres de estos granjeros no eran de esas que una querría tener cerca durante mucho tiempo. La señora Hopewell, que se había divorciado de su marido hacía tiempo, necesitaba a alguien que la acompañara en sus paseos por el campo. Cuando tenía que pedirle a Joy que fuera con ella, los comentarios de su hija eran tan desagradables y la expresión de su cara tan triste que la señora Hopewell le decía:

- Si no vas a estar agradable, prefiero que no vengas.

A lo que la chica, plantada con los hombros rígidos y el cuello estirado hacia delante, respondía:

- Si me necesitas, aquí me tienes, TAL Y COMO SOY.

La señora Hopewell le disculpaba esta actitud por lo de la pierna (que había perdido en un accidente de caza cuando tenía

diez años). Le costaba a la señora Hopewell darse cuenta de que su niña tenía ahora treinta y dos años, y que hacía más de veinte que tenía una sola pierna. Todavía la consideraba una niña porque le rompía el corazón pensar en esa pobre chica corpulenta que nunca había dado un paso de baile o tenido una diversión *normal*. Su verdadero nombre era Joy, pero en cuanto cumplió los veintiún años y se fue de casa se lo hizo cambiar legalmente. La señora Hopewell estaba segura de que había pensado mucho hasta dar con el nombre más feo de cualquier idioma. Luego había cambiado el hermoso nombre de Joy<sup>2</sup> sin consultárselo. Su nombre legal era Hulga.

Cuando la señora Hopewell pensaba en el nombre, Hulga, se imaginaba el ancho casco vacío de un barco de guerra. Se negaba a pronunciarlo. Siguió llamándola Joy, y su hija le contestaba, pero de una manera puramente mecánica.

Hulga había aprendido a tolerar a la señora Freeman, quien la liberaba de los paseos con su madre. Incluso Glynese y Carramae le eran útiles pues ocupaban una atención que, de otra manera, estaría dirigida hacia ella. Al principio creyó que no iba a poder aguantar a la señora Freeman porque había descubierto que no había forma de faltarle al respeto. La señora Freeman era curiosamente susceptible. Durante días estaba huraña, pero la fuente de su mal humor nunca era claramente discernible; un ataque frontal, una mala cara, una grosería nunca le afectaban. Y un día, sin previo aviso, empezó a llamarla Hulga.

Nunca la llamaba así delante de la señora Hopewell, que se hubiera enfurecido, pero cuando ella y la chica coincidían fuera de la casa, le decía algo, y remataba con el nombre Hulga, y la voluminosa Joy-Hulga fruncía el ceño detrás de sus gafas y se ponía roja, como si hubieran violado su intimidad. Ella entendía que su nombre era un asunto personal. Al principio le había gustado el nombre por lo mal que sonaba; después le había impresionado

---

<sup>2</sup> «Joy», en inglés, significa «alegría» (ndt).

por apropiado e ingenioso. Imaginaba el nombre, trabajando como un sudoroso Vulcano sudando en su fragua, a quien la diosa debía acudir siempre que la llamara. Vio en este nombre su acto más noble y más creativo. Uno de sus mayores triunfos era que su madre no hubiera podido convertirla en Joy, pero el mayor de todos fue el haberse podido convertir en Hulga. Sin embargo, el placer que mostraba la señora Freeman al decir este nombre la irritaba. Era como si los pequeños ojos de acero de la señora Freeman hubieran penetrado en su rostro para llegar al fondo de algún asunto secreto. Había algo en ella que fascinaba a la señora Freeman, y un día Hulga se dio cuenta de que era su pierna artificial. La señora Freeman tenía una peculiar fijación con los detalles de las infecciones secretas, de las deformidades escondidas, y de los abusos a menores. De las enfermedades, ella prefería las duraderas o las incurables. Hulga había oído a la señora Hopewell darle los detalles sobre el accidente de caza, cómo su pierna había sido literalmente arrancada de cuajo, y cómo nunca perdió el conocimiento. Cada vez que la señora Freeman escuchaba esto, era como si hubiera pasado hacía una hora.

Cuando Hulga entraba cojeando en la cocina por las mañanas (la señora Hopewell estaba segura de que podía caminar sin hacer ese ruido espantoso, y sin embargo lo hacía porque era desagradable), les echaba un vistazo sin hablarles. La señora Hopewell vestía un kimono rojo y tenía el pelo recogido en rulos. Sentada a la mesa, terminaba de desayunar mientras la señora Freeman, apoyando el codo en el frigorífico, la miraba. Hulga siempre ponía huevos a hervir y luego permanecía de brazos cruzados frente a ellas, y la señora Hopewell la observaba, una mirada oscilante que repartía entre ella y la señora Freeman, y pensaba que si se cuidara un poco, no sería tan fea. A su cara no le pasaba nada. Con una sonrisa ganaría mucho. La señora Hopewell decía que las personas que veían el lado positivo de la vida eran hermosas, aunque en realidad no lo fueran.

Siempre que miraba a Joy así, no podía evitar pensar que habría sido mejor que la chica no hubiera hecho el doctorado. Estaba

claro que el título no la había cambiado, y ahora que tenía el título no tenía pretexto para seguir estudiando. A la señora Hopewell le parecía que era bueno que las jóvenes estudiaran con el fin de pasárselo bien, pero que Joy se había excedido. En cualquier caso, no habría tenido fuerza para hacerlo otra vez. Los médicos le habían dicho que, incluso con los mejores cuidados, Joy no pasaría de los cuarenta y cinco. Tenía un corazón delicado. Joy había dejado claro que, de no haber sido por su condición, se habría ido lejos de esas colinas rojizas y la buena gente del campo. Estaría en una universidad dando clases a gente que sí sabía de lo que hablaba. Y a la señora Hopewell no le costaba imaginarla allí: con pinta de espantapájaros, dirigiéndose a otros espantapájaros. Aquí, deambulaba todo el día con una falda de hacía seis años, y una camiseta amarilla con el dibujo desteñido de un vaquero montando a caballo. A ella le hacía gracia; la señora Hopewell, en cambio, pensaba que era ridícula su forma de vestir, y que solo demostraba que todavía era una niña. Sería muy inteligente, pero no tenía ni una pizca de sentido común. La señora Hopewell opinaba que cada año se parecía menos a las demás personas y más a sí misma, hinchada, grosera y miope. ¡Y decía cosas tan raras! Inesperadamente, y sin tener por qué, en medio de la comida y con la cara morada y la boca medio llena, a su propia madre le había dicho:

—¡Mujer! ¿Es que nunca miras en tu interior? ¿Alguna vez miras en tu interior y ves lo que *no* eres? ¡Por Dios! —había gritado, dejándose caer en la silla nuevamente, mirando su plato—. Malebranche tenía razón: ¡no somos nuestra propia luz!

Hasta el día de hoy la señora Hopewell seguía sin entender lo que había provocado esa salida de tono. Ella solo había dicho, esperando que Joy se diera por aludida, que una sonrisa nunca hacía mal a nadie.

La chica se había doctorado en Filosofía, lo que había dejado en total desventaja a la señora Hopewell. Uno podía decir: «Mi hija es enfermera», o «Mi hija es maestra», o incluso «Mi hija es ingeniera química», pero no, «Mi hija es filósofa». Eso se había acabado con los griegos y los romanos. Joy se pasaba

el día doblada en un sillón, leyendo. A veces paseaba, pero no le gustaban ni los perros, ni los gatos, ni los pájaros, ni las flores, ni la naturaleza, ni los jóvenes amables. Miraba a los jóvenes amables como si pudiera oler su estupidez.

Un día la señora Hopewell había cogido uno de los libros que la chica acababa de dejar y, abriéndolo al azar, leyó: «La ciencia, por otra parte, debe reafirmar su seriedad y su lucidez, y declarar que lo único que le importa es lo que existe. La nada, ¿qué otra cosa puede ser para la ciencia, sino horror y fantasmagorías? Si la ciencia está en lo cierto, entonces una cosa es segura: la ciencia no quiere saber nada de la nada. Al final, esa es la concepción rigurosamente científica de la nada: la sabemos en la misma medida en que no queremos saber nada de ella»<sup>3</sup>. Estas palabras se habían subrayado con un lápiz azul y produjeron en la señora Hopewell el efecto de un conjuro diabólico incoherente. Cerró el libro rápidamente y salió del cuarto como si de pronto le hubiera entrado frío.

Esa mañana, cuando la chica hizo su aparición, la señora Freeman estaba con el tema de Carramae:

—Devolvió cuatro veces después de cenar —dijo—, y se levantó dos veces durante la noche después de las tres de la mañana. Ayer se pasó el día rebuscando en el cajón de la cómoda, mirando a ver si encontraba algo.

—Tiene que comer —musitó la señora Hopewell, sorbiendo su café mientras vigilaba la espalda de Joy frente a la cocina. Se preguntaba lo que la chica le había dicho al vendedor de biblias. No se imaginaba qué clase de conversación podrían haber tenido.

Era un joven alto y demacrado, sin sombrero, que había llamado a su puerta el día antes para venderles una biblia. Había aparecido llevando una enorme maleta negra que pesaba tanto que se había tenido que apoyar en el marco de la puerta. Parecía estar al borde del colapso, pero dijo en voz alegre:

---

<sup>3</sup> Estas líneas corresponden a un extracto de la lección pública inaugural de Martin Heidegger «¿Qué es metafísica?» a su entrada en Friburgo, el 24 de julio de 1929 (ndt).

—¡Buenos días, señora Cedro! —y dejó la maleta sobre el felpudo. No era un joven feo, a pesar de llevar un traje azul brillante y unos calcetines amarillos que le quedaban cortos. Sus pómulos eran prominentes, y un mechón de pelo marrón y pegajoso caía por su frente.

—Soy la señora Hopewell —dijo ella.

—¡Ah! —dijo, fingiendo estar confuso pero con una mirada pícaro—. ¡Vi que ponía «Los Cedros» en el buzón y por eso creí que usted era la señora Cedro! —y soltó una carcajada simpática.

Levantó la maleta, y aprovechando el impulso de una tos fingida, se metió en el recibidor. Parecía más bien como si la maleta se hubiera movido primero, arrastrándolo detrás.

—¡Señora Hopewell! —dijo, y la cogió de la mano—. ¡Espero que se encuentre bien!<sup>4</sup> —y se rio de nuevo.

Su rostro se tornó solemne de golpe. Hizo una pausa y adoptando un tono de sinceridad, dijo:

—Señora, he venido a hablar de cosas serias.

—Pues bien, pase —murmuró, no muy contenta porque estaba a punto de comer.

El chico entró en el salón, se sentó en el borde de una silla, colocó la maleta entre sus pies y miró hacia la habitación como si con eso estuviera escrutando a la señora Hopewell. La plata brillaba en los dos aparadores; ella concluyó que el chico nunca había estado en una habitación tan elegante como esta.

—Señora Hopewell —comenzó, pronunciando su nombre de una forma casi íntima—, sé que usted cree en la caridad cristiana.

—Pues, sí —masculló ella.

—Sé —dijo, e hizo una pausa, con gesto sabio y la cabeza inclinada hacia un lado— que usted es una mujer buena. Me lo han dicho sus amigos.

A la señora Hopewell no le gustaba que la tomaran por tonta.

---

<sup>4</sup> Aquí el vendedor de biblias juega con el apellido de la señora Hopewell. En la versión original le dice, «I hope you are well!» (ndt).





## ÍNDICE

La buena gente del campo.....	7
La vida que salves podría ser la tuya.....	33
Un encuentro tardío con el enemigo .....	49
Todo lo que sube, converge .....	63
Las comodidades del hogar.....	83
El día del juicio .....	109
Un Templo del Espíritu Santo.....	133
Greenleaf .....	149
Un círculo en el fuego .....	177
Un golpe de buena suerte.....	201
Un escalofrío interminable .....	217
Una vista del bosque .....	249
La Persona Desplazada .....	277

## EPÍLOGO

El realismo de distancias .....	329
---------------------------------	-----



En el centenario del nacimiento de Flannery O'Connor, reunimos este conjunto de relatos de la gran autora del sur norteamericano. La maestría de O'Connor para retratar la condición humana es excepcional; sus personajes buscan desesperadamente un sentido para sus vidas; sus desventuras desembocan en un encuentro con lo divino; están al límite de la locura o al final de la cordura, y en esa cuerda floja, la posibilidad de la redención emerge en un mundo que quizá haya olvidado su propósito. No hay un solo relato que no despierte una inquietud en el lector, que no lo haga pensar en la naturaleza del bien y del mal. Esta edición incluye un epílogo de lujo: un coloquio entre Guadalupe Arbona y José Jiménez Lozano, Premio Cervantes de 2002, que promete revelaciones que el lector solo podrá comprender plenamente después de sumergirse en el universo único de O'Connor.



Depósito Legal: M-5347-2025



ISBN: 978-84-1339-225-7

